

## DOS NOTAS SOBRE EL QUIJOTE Y LA TRADICIÓN CLÁSICA

FERNANDO ROMO FEITO  
Universidad de Vigo

Presento aquí dos posibles notas al *Quijote*, hasta donde puedo comprobar nuevas, que pretenden ilustrar, tomando prestado un término de la arqueología, la potencia de estratos que subyace una obra como la cervantina.

En *DQ* I *xlvi*, todos recordamos la conversación entre el canónigo y el cura sobre libros de caballerías. El primero se sintió tentado a componer uno y lo empezó, pero abandonó a la vista de lo que pasa con el teatro. Ello «dispara» el rencor del cura con «las comedias que agora se usan», lo que le lleva a reclamar la institución de un censor estético que discriminase comedias y libros buenos de malos «dando ocasión que los libros viejos se escureciesen a la luz de los nuevos que saliesen, para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los más ocupados, pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condición y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna lícita recreación»<sup>1</sup>. La edición de F. Rico anota «arco armado» remitiendo al volumen complementario, donde se dice: «CL [emencín] y RM [Rodríguez Marín] citan a Fedro, *Fábulas* III, 14: «*Cito rumpes arcum semper si tensum habueris: / at si laxaris, cum volis erit utilis*». Sin embargo la frase del *Q.* parece proceder más bien de San Gregorio Magno, *Moral.*, XXVIII, 6: «*Ex studio arcus distenditur, ut in suo tempore cum utilitate tendatur: qui si otium relaxationis non accepit, ferendi virtutem ipso usu tensiones perdit*». La metáfora se convirtió en imagen literaria tópica: cf. *Guzmán de Alfarache*, II, *iii*, 4, p. 814, y n. 40bis»<sup>2</sup>. Otras ediciones, o bien remi-

<sup>1</sup> Ed. de Francisco Rico. Barcelona, *Crítica*, 1998, p. 556.

<sup>2</sup> *Op. cit.*, *Volumen complementario*, p. 408.

ten a Fedro —es el caso de la de Gaos<sup>3</sup>—, o bien aclaran el sentido del pasaje pero sin explicar lo del «arco» —es el caso de la de Sevilla Arroyo y Rey Hazas<sup>4</sup>—, o no tienen nada que decir. No cabe duda de que Clemencín y Rodríguez Marín, que tenían bastante más comercio con las musas grecolatinas que nosotros, son responsables de los lugares clásicos a los que unas ediciones modernas remiten —acordándose de aquellos esforzados editores— y otras sin acordarse.

Pues bien, la cuestión es que la metáfora del arco es mucho más antigua de lo que Clemencín y Rodríguez Marín pensaban. Si en vez de limitarse a la tradición latina se hubieran acercado a la griega hubieran encontrado en el segundo libro de las *Historias* de Heródoto la historia de Amasis (*Historias* II, 162-182). Amasis llega al trono de Egipto al frente de una sublevación popular; a causa de su extracción plebeya es primero despreciado por sus súbditos, cuyo respeto acaba por ganarse; dedica las mañanas a los asuntos públicos y luego a beber y bromear, y cuando le censuran su frivolidad, contesta: «Los que poseen un arco, cuando necesitan usarlo, lo tienden, y, después que lo han utilizado, lo aflojan. Porque, si siempre estuviera tenso, se rompería, de modo que no podrían utilizarlo en caso de necesidad. Así es también la condición del hombre: si quisiera estar siempre afanosamente ocupado y, a su tiempo, no entregarse a la diversión, sin darse cuenta se volvería o loco o al menos estúpido. Y yo, que lo sé, dedico a cada cosa su parte» (II 173)<sup>5</sup>. El editor añade en nota que la idea de diversión o relajamiento llegó a hacerse proverbial en la Antigüedad, y cita a Horacio, *Odas* II, 19: «*Neque semper arcum tendit Apollo*»<sup>6</sup>. Pero es interesante recordar el contexto: *Non, si male nunc, et olim/ sic erit: quondam cithara tacentem/ suscitavit Musam neque semper arcum/ tendit Apollo*. Se contrapone aquí la tensión del arco con esos momentos en que Apolo empuña la cítara, es decir, actividad y poesía, justamente como en el discurso del cura. Y es una de las odas más conocidas, justamente aquella en que se formula el ideal de la *aurea mediocritas*.

No cabe duda de que Heródoto, nacido poco antes del comienzo de las guerras médicas y muerto poco después del comienzo de

<sup>3</sup> Ed. de Vicente Gaos. Madrid, Gredos, 1987, p. 144.

<sup>4</sup> Ed. de Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas. Alcalá de Henares, CEC, 1994, p. 483.

<sup>5</sup> Ed. de Jaime Berenguer Amenós. Barcelona, CSIC, 1971, p. 130.

<sup>6</sup> La traducción de M. Fernández Galiano dice: «Lo malo no es eterno. No siempre el arco tiende Apolo: a veces empuñando su cítara a la tácita Musa despierta». HORACIO, *Odas y Épodos*, ed. de M. Fernández Galiano y Vicente Cristóbal. Madrid, Cátedra, 1990, p. 198.

la del Peloponeso, «padre de la historia» en palabras de Cicerón, considerado escritor canónico a lo largo de la *Antigüedad*, y cuya «tradición manuscrita no se interrumpió jamás»<sup>7</sup>, es la fuente tanto de Horacio, como de Fedro o de Gregorio Magno. En el Renacimiento, la edición príncipe es la de Aldo Manucio en Venecia (1502), y hay una traducción latina de Lorenzo Valla (1432-1456), impresa en 1474 y al parecer muy difundida por toda Europa. No hay traducción española completa hasta 1846, pero, aunque mucho menos que en otros países, sí se aprecian huellas de Heródoto en diversos autores españoles, desde Juan de Timoneda a Lope de Vega. Quien se haya acercado a Heródoto, sabrá que es aficionado a recoger en su obra toda clase de leyendas, fábulas, y narraciones, que le valen la crítica de Aristóteles, que le llama «mitólogo». Pero justamente ese supuesto defecto le hace mucho más aprovechable para los autores del Renacimiento, bien a través de Justino, bien porque bebieran en la versión latina de Valla. Desde luego, Gregorio Magno como fuente me parece explicación mucho más rebuscada que cualquiera de las otras tres aducidas, por este orden: Heródoto, Horacio y Fedro. Por otra parte, se ha podido afirmar que el episodio del rey lidio (I 8) recuerda de lejos la novela de *El curioso impertinente*<sup>8</sup>, y a mí mismo me recuerda la historia de Giges y Candaules (I 7-12)<sup>9</sup> la de Cardenio y Dorotea, y en particular, la seducción de Dorotea por D. Fernando. Hasta aquí nuestra primera nota.

La segunda viene a cuento de *DQ* II, lxxvii, donde, llegando don Quijote y Sancho de vuelta a la aldea, dice Sancho aquello de: «Abre los ojos y recibe también tu hijo don Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene *vencedor de sí mismo*, que, según él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede». De discutir el sentido de esta frase, y la habitual anotación como «máxima estoica» me he ocupado ya en las páginas de *Anales Cervantinos*<sup>10</sup>. Allí argumentaba yo que no hacía falta retroceder hasta los estoicos, porque la máxima se encuentra en los contemporáneos y antecesores de Cervantes, desde *Amadís de Gaula* hasta los ejercicios espirituales de Ignacio de Loyola. Dejando un lado

<sup>7</sup> Tomo ésta y las demás noticias sobre el conocimiento de Heródoto de MANUEL FERNÁNDEZ GALIANO, *Heródoto*. Barcelona, 1951, pp. 214-228; a ese lugar remite también la importante traducción para *Biblioteca Clásica Gredos* de Carlos Schrader (Madrid, Gredos, 1988).

<sup>8</sup> FERNÁNDEZ GALIANO, *op. cit.*, p. 222.

<sup>9</sup> Por cierto que hemos visto recientemente en el cine narrar esta historia en el fuego de campamento a la protagonista de *El paciente inglés*.

<sup>10</sup> FERNANDO ROMO FEITO, «“Vencedor de sí mismo”: una nota al *Quijote*», *Anales Cervantinos* XXXII, 1994, pp. 243-258.

el significado que pueda tener la frase aplicada al caso de don Quijote, me interesa ahora volver sobre los orígenes clásicos del pensamiento en cuestión.

Los que han postulado el estoicismo de la frase, no han aducido texto alguno. Pues bien, es posible aquí aportar uno, fundamental en la historia de nuestra cultura, en el que muy probablemente ha tomado forma la idea por primera vez. Se trata del libro I de *Las Leyes*, de Platón. Como se sabe, allí, un ateniense anciano, trasunto probable del propio Platón —ya no de Sócrates—, charla con otros dos ancianos, cretense uno y lacedemonio el otro, respecto de las leyes de sus respectivas ciudades, porque el problema sigue siendo para el Platón de vejez el de fundar una ciudad basada en la justicia. Cuando el cretense y el lacedemonio afirman que las leyes de sus ciudades están pensadas para que éstas no puedan ser derrotadas en la guerra, el ateniense responde que hay además de la guerra externa, la guerra civil y, por último, la que cada hombre se hace a sí mismo, cuando hay discordia y desacuerdo entre sus propios impulsos: «Y en esta guerra, huésped, el vencerse uno a sí mismo es la primera y la mejor de todas las victorias; y el ser derrotado uno por sí mismo, el peor y más vergonzoso de los males» (626e 1-4)<sup>11</sup>. Luego argumentará, a lo largo de los dos primeros libros, sobre los medios y ejercicios para que, triunfando el alma de cada uno sobre sus impulsos, le mantenga al margen del vicio y dueño de sí. Como sea, el caso es que, si es verdad que los estoicos leyeron a Platón de una cierta manera y que el estoicismo se difundió abundantemente en España desde la Edad Media, no es menos cierto que Platón es, desde la Academia platónica florentina, autor clave para el Humanismo y el Renacimiento. Y que todo ello es un fenómeno cultural europeo: baste recordar que en el mismísimo *Discurso del método*, Descartes, al comienzo de la tercera parte, cuando desea hacer borrón y cuenta nueva de su vida anterior, se propone «vencerse a sí mismo más que a la fortuna»<sup>12</sup>.

Terminemos ya. Desde el punto de vista del saber positivo, sería preciso probar que Cervantes leyó a tal autor con preferencia a tal otro, demostración que es imposible. Nos movemos entre conjeturas, y si nos ha parecido menos probable que Cervantes

<sup>11</sup> Ed. bilingüe de José Manuel Pabón y Manuel Fernández Galiano, dos vols., Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1983 (1960), I, p. 4: «*Kantáŷza, ô xéne, tò nikân autòn hautòn pasôn nikôn próte te kai aríste, tò dè hettásthai autòn hyph'heautoû pánton aischistón te háma kai kákiston*».

<sup>12</sup> «Ma troisieme maxime estoit de tascher tousiours plutost a me vaincre que la fortune, & a changer mes desirs que l'ordre du monde». *Oeuvres de Descartes*, VI, ed. de Charles Adam & Paul Tannery, París: Vrin, 1996, p. 25.

conociera la metáfora del arco por Gregorio Magno que por Fedro, autor que todo latinista principiante leía; por Horacio, al que positivamente cita o alude en no pocas ocasiones; o por conocimiento fragmentario o parcial del mismo Heródoto en versión latina o por alguno de los autores que se aprovecharon de él; nos sigue pareciendo que el «vencedor de sí mismo» lo toma del mundo que lo rodea más que de los estoicos o de Platón. Sin embargo, no creo que carezca de interés mostrar, ya que no demostrar, la continuidad de una cultura, su verdadera antigüedad, en una palabra, lo que es una tradición. Como sabemos gracias a Gadamer, pertenecer a una tradición es habitar un mundo, y no hace falta haberlo recorrido entero para que nos vivifique. Y siempre es bueno recordar que el nuestro, siempre, empieza en Grecia.